

JEAN-PAUL SARTRE

## El movimiento estudiantil: una crítica radical de la sociedad (entrevista)\*

*Después de la última gran manifestación de los estudiantes, en la noche del 11 al 12 de junio, cuando las barricadas se extendieron no solamente por el Barrio Latino sino por todo París, se dio un giro muy claro de la opinión pública. Mucha de la gente que había manifestado hasta entonces su simpatía por los estudiantes juzgó que estos «exageraban» y que su «violencia estéril» perjudicaba su propia causa...*

SARTRE: Sí, porque la opinión pública francesa —como todas las opiniones públicas— es necia. Es necia porque está mal informada porque la prensa no hace su trabajo. Nadie ha tratado de explicar a la opinión pública el sentido de esta violencia de los estudiantes, que en realidad no es más que una «contraviolencia». Contraviolencia no solamente ocasional contra los policías que los han provocado deliberadamente, sino contra una sociedad que los oprime (de esto hablaré en la siguiente entrevista). Ahora ya hay personas que tratan de explicarlo: son los miembros de los 400 comités de acción revolucionaria que realizan discusiones públicas y que hacen en la calle el trabajo de contraveneno, y debo decir que me parecen extraordinarios. Los veo trabajar en mi barrio, frente a la estación de Montparnasse o frente al quiosco de periódicos del cruce Raspail-Montparnasse. Utilizan dos tácticas. La primera consiste en provocar una discusión entre un tipo bonachón, más bien indolente pero de izquierda, y un excitado de derecha. La gente que pasa se agrupa, cada uno dice lo suyo y, cuando el debate se ha establecido, los

\* Tomado de *Pensamiento Crítico*, La Habana, 1969; 25-26: feb.-mar. A no ser que se indique lo contrario, todas las notas pertenecen al texto original [n. de la R.].

miembros del comité de acción se retiran dejando a los demás discutir entre sí.

Esto siempre es bueno porque la evidente violencia del excitado de derecha ayuda a que la gente considere de diferente manera la estudiantil.

El otro método, que me parece mejor, es explicar directamente a la gente lo que pasa. Esto no siempre es fácil. A menudo veo muchachas jóvenes que no tienen mucha voz hacer frente a gritones encendidos en cólera. A veces el tono sube mucho pero nunca hay intercambio de golpes. Nadie lo desea. Naturalmente el joven fascista es quien habla más y más fuerte, pero de todas maneras debe de tomar aliento de vez en cuando. En ese momento la joven de voz frágil lanza una réplica, hace una pregunta y el fascista se ve obligado a dar una respuesta en la cual resalta su mala fe.

### **Nada de «violencia gratuita»**

Todos los que asisten a estas discusiones se sorprenden de la dulzura y la paciencia con las que estos jóvenes explican el sentido de su acción. Verdaderamente hacen un trabajo admirable y estoy seguro de que, si hubiera habido más comités de acción por todas partes en la calle en la mañana del 12 de junio, muchos parisienses habrían reaccionado muy diferentemente a las manifestaciones de la noche.

¿Qué pasó esa noche? Lo mismo que en todas las manifestaciones precedentes que habían tenido un «mal giro»: los estudiantes no habían hecho otra cosa que responder a las provocaciones de la policía. Desde principios del mes de mayo, todas las manifestaciones autorizadas se llevaron a cabo en calma; solo hubo violencia cuando la policía trató de impedir el desfile de estudiantes o dispersar sus reuniones. El 10 de junio, un estudiante de la Unión de Juventudes Comunistas Marxista-Leninistas, que había venido a manifestar su solidaridad con los obreros huelguistas de Flins, fue ahogado por la policía en el Sena, en Mureaux.

Y digo por la policía. Poco importa que no haya sido lanzado directamente al agua, como parecen indicarlo los testimonios. Cuando unos quince jóvenes deciden hundirse en el Sena escogiendo la huída más peligrosa, porque están rodeados por las fuerzas de la policía y porque algunos de sus compañeros han sido ya salvajemente golpeados ante sus ojos, si uno de ellos muere, debe decirse que la responsabilidad de la

policía es total. La prensa, evidentemente, no lo admitió, y el «estudiante ahogado» de las primeras horas pronto se convirtió, en las siguientes ediciones, en un estudiante «que se ahogó».

Para la UNEF no había problema: la policía había matado a un estudiante, y era necesario manifestarse. Los estudiantes no podían dejar asesinar a uno de sus compañeros, sin protestar. Sauvageot dijo: «Nosotros de todas maneras nos manifestaremos. Si el servicio del orden no interviene, no habrá ninguna violencia. Pero si se nos impide pasar, no daremos la orden de dispersión».

Sin embargo, el gobierno prohibió la manifestación. ¿Por qué? No había ninguna razón. Otros desfiles –el 13 de mayo, desde la Place de la République hasta Denfert-Rochereau; el 17 de mayo al estadio de Charléty– se habían llevado a cabo sin incidentes. Incluso esta vez, los estudiantes y los jóvenes trabajadores habían gritado «CRS = SS»,<sup>1</sup> «De Gaulle asesino», y habrían ocupado pacíficamente la calle, sin romper un escaparate, sin romper una silla de café. Pero el gobierno había decidido prohibir todas las manifestaciones, sin duda por miedo a que se realizara una que fuese más espectacular que la de los degaullistas, el 30 de mayo, de la Place de la Concorde a L’Etoile.

El 11 de mayo en París, fue el poder el que creó un cáncer generalizado al impedir a los estudiantes manifestar libremente su indignación. Los manifestantes no hicieron otra cosa que responder con la contraviolencia a la violencia previa que se les había hecho. Por otra parte, contrariamente a lo que se nos quiere hacer creer, los estudiantes, si bien impugnan radicalmente la sociedad, no son de ninguna manera alborotadores que sueñen con destruirlo todo. Para comenzar, es notorio que su violencia no haya sido ejercida más que contra la policía. Hubo comisariados atacados, carros de la policía incendiados, policías heridos. Claro que también hubo automóviles particulares y diferentes equipos públicos utilizados para construir las barricadas defensivas. Pero la prensa prácticamente no ha podido señalar (y sin embargo habría estado muy contenta de poder hacerlo) ningún caso de pillaje, de robo, de brutalidades cometidas con «oponentes», de violencia gratuita. Y esto a pesar de la presencia, tan complacidamente subrayada, de tantos «granujas» que habían descendido de las afueras para «aterrorizar al burgués». La vio-

<sup>1</sup> CRS: Compañías Republicanas de Seguridad, cuerpo élite de la policía francesa; SS: Cuerpo de protección (Schutz Staffel) del Estado Nacionalista en Alemania.

lencia de los estudiantes y de los jóvenes trabajadores nunca fue más que defensiva.

### **Nietzsche, Carlyle y Cohn-Bendit**

Por otra parte, quienes son acusados de ser más directamente los alborotadores son justamente los que no aprueban la violencia universitaria. Pienso en los «maoístas» y en los anarcotrotskyistas de la FER que estiman que el «trabajo» en el Barrio Latino no tiene ningún interés. Las manifestaciones de estudiantes son incluso, en su opinión, una diversión nefasta que hace el juego al régimen: al seno de la clase obrera debe llevarse el fermento revolucionario, pues solamente de ella puede surgir un movimiento revolucionario realmente eficaz. Sin embargo, fueron estos dos movimientos los afectados por la orden de disolución, mientras que no se osó tocar la UNEF, que es la que llama a manifestar. Fue igualmente disuelta una organización tan «inatrapable» como el Movimiento 22 de Marzo, del cual nadie sabe si tiene 5 000 o 50 miembros, que él mismo ha rehusado darse una estructura, que considera el papel de las «minorías en acción» como el de un fermento siempre presente pero siempre difuso en la sociedad y que es lo contrario de lo que puede llamarse una «organización terrorista».

*A propósito de la entrevista que usted tuvo con Cohn-Bendit y cuyo texto publicamos nosotros, Roger Priouret escribió en L'Express que el pensamiento de Cohn-Bendit «es un eco de Thomas Carlyle y de Federico Nietzsche...»*

SARTRE: Es ese un triste ejemplo de analfabetismo político. Priouret puede escribir lugares comunes sobre economía porque ha leído algunos libros sobre el tema. Pero hablar de Nietzsche y de Carlyle a propósito de Cohn-Bendit es probar no solo que no se tiene cultura, sino además que nunca se ha aprendido a pensar.

Cohn-Bendit se burla ampliamente de Nietzsche y yo no estoy seguro de que haya leído a Carlyle. De todas maneras, las teorías del «héroe» no le interesan. Lo que trata de comprender es lo que puede debe ser el papel de una minoría activista. Hasta ahora ha habido tres grandes concepciones del movimiento insurreccional: la de Blanqui, la de Lenin y la de Rosa Luxemburgo.

## El llamado al asesinato

Para Blanqui, es muy simple: corresponde a un grupo armado, entrenado, rigurosamente disciplinado, tomar el poder y poner a la masa –que seguirá inmediatamente– frente al hecho realizado. Para Lenin, la masa entera es la que actúa, pero controlada por el partido que empuja y que decide. Para Rosa Luxemburgo, es también la masa, pero sin la regimentación del partido, cuyos dirigentes surgen y desaparecen, producidos en cada etapa por la masa misma que enseguida los reabsorbe.

Es claro que la concepción de Cohn-Bendit –aunque él tenga horror de que se le una a cualquier «escuela»– está más próxima a la de Rosa Luxemburgo que a las otras dos. Él no sueña ni un instante en hombres superiores o en súperhombres que conducirían a la masa. Piensa que la masa engendra de vez en cuando pequeños grupos de hombres que nunca son «jefes» pero que pueden desencadenar –en ciertos momentos privilegiados en que su acción corresponde a una exigencia popular profunda– un movimiento de masa que los sobrepasa y pronto los engloba. ¿Dónde se insertan allí Nietzsche y Carlyle? ¡Me gustaría que Priouret me lo explicara!

*El gobierno, es clásico, sentía la necesidad de hacer algo para tranquilizar a su clientela y demostrar que no permanecía inactivo ante la «subversión». Por lo cual decidió atacar lo que más parecía ser la dirección: los miembros de los «grupúsculos» que habían sido, para la opinión pública, las vedettes de la impugnación.*

SARTRE: Es una medida grotesca y vergonzosa. Se disuelven «aparatos» que ni siquiera existen. Los miembros de los «grupúsculos» no son *vedettes*, que la opinión pública no conoce, fuera del de Cohn-Bendit, el nombre de ninguno de ellos. Son militantes que proseguirán su labor de información y de explicación, en la clandestinidad si es preciso. Por lo demás el gobierno combate, como siempre, a los más débiles. Se expulsa a un puñado de extranjeros, entre ellos a dos pintores que vivían en Francia desde hacía 10 años, y de los cuales uno es triunfador de la Bienal de Venecia. Lo mismo sucedió durante la guerra de Argelia, con «los 121». La represión fue dirigida contra unos cuantos profesores y contra dos o tres desafortunados, a quienes durante tres años obstinadamente se había impedido actuar para la televisión, aunque, por su parte, los escritores medianamente conocidos nunca fueron molestados.

En suma, pues, es la política de la cobardía. Pero al mismo tiempo se lanza a la base un llamado al asesinato. Porque el llamado de De Gaulle a la creación de comités de acción es exactamente eso. Una manera de decir a la gente: agrúpanse en sus barrios para moler a golpes a quienes, en su concepto, expresen opiniones subversivas o tengan una conducta peligrosa para el gobierno. Esto ya ha ocurrido. Conozco por lo menos dos casos de personas que han sido golpeadas, en París, por grupos de antiguos soldados vestidos de civil o incluso con uniforme de camuflaje. ¿Y a quién se puso a la cabeza de estos comités de acción cívica? ¡A Roger Frey, el hombre que dejó asesinar a Ben Barka!

Este llamado al asesinato lanzado por el Presidente de la República no fue, por otra parte, una respuesta a la violencia de los estudiantes. El viejo solo se enojó cuando su poder fue puesto en juego, políticamente, por Mitterrand y Mendès-France. Hasta entonces había estado vagamente indulgente, sin comprender nada, esperando que las cosas se calmaran, persuadido de que iba a volver a dominarlas. Cuando la posibilidad de un relevo político se precisó, no por una guerra civil –ni Mitterrand ni Mendès-France llaman a ella– sino en el marco de las instituciones, fue cuando el general vio rojo y dijo a sus partidarios: «Se acabaron las risas: ahora golpeen».

### «¡Peor para ellos!»

*Roger Priouret también evocaba en su artículo el peligro fascista. Minoría actuante frente a minoría actuante, escribía, quizá los «paras»<sup>2</sup> son los mejor situados para apoderarse del poder.*

SARTRE: Imaginemos que los «paras» toman el poder. ¿Cómo echarán a andar la máquina económica? Porque habrá una huelga general. ¿Irán a buscar a los obreros uno a uno a su domicilio, para llevarlos por la fuerza a la fábrica? Se puede lanzar a los soldados contra los obreros de una fábrica ocupada. Pero en este caso las fábricas estarán vacías. Se hará la huelga en casa, y los «paras» no podrán hacer nada. No lograrán ni siquiera que la tropa dispare sobre los obreros: los jóvenes soldados

<sup>2</sup> «Paras» (*parachutistes*): grupo de oficiales de una marcada tendencia fascista, que estuvo en torno a las fuerzas de paracaidistas (de aquí su nombre) en el último episodio de la guerra colonialista contra el pueblo argelino.

nunca lo harán. Los que ahora agitan con la amenaza fascista lo hacen solo para desmovilizar a la gente. El fascismo no se improvisa con tres regimientos de soldados. Es necesaria una sociedad como la de Grecia, donde los trabajadores están divididos y aislados, donde todas las empresas son controladas, donde la derecha, bien armada, se preparaba para el golpe de Estado desde hace años. O es necesaria una sociedad trabajada desde hace tiempo por un partido fascista, como lo fueron la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler. Pero ya no se puede hacer de ahora en adelante un golpe de Estado fascista en un país como Francia. O si se hace dura 15 días.

La «amenaza fascista» solo sirve para aterrorizar a la gente, para hacerle aceptar la conservación del régimen de turno. De Gaulle ha hablado de «sociedad en mutación». Pero desde que está en el poder hace todo lo que puede para impedir esa mutación. Y comprende tan mal el carácter de la rebelión que acaba de producirse, que la explica únicamente por la vieja teoría de la imitación, del «contagio» de la violencia.

Desde hace cien años se expresa, en cada explosión popular, el mismo asombro: *«¡Cómo! ¿Un país feliz como este, donde los estudiantes y los obreros disfrutan de todas las libertades, donde el nivel de vida se eleva regularmente, donde la gente vota democráticamente, y de repente estos estudiantes, estos obreros, menospreciando su interés más claro, olvidando la dicha de vivir que tenía en la víspera, se encolerizan y rompen todo? ¡Es inexplicable!»*. O por lo menos piensan que esto no puede explicarse más que por la agitación de algunos excitados, cuya fiebre, como una enfermedad, se transmite misteriosamente a los demás ciudadanos y provoca una explosión incontrolada de la masa. Para el gobierno, un movimiento «incontrolado» es aquel que no tiene fines ni sentido, que solo se dirige a la destrucción por la destrucción.

Claro que existen reivindicaciones «legítimas», por ejemplo los aumentos de salarios. Se suele otorgarlos de vez en cuando. Esta vez, sin embargo, los obreros pidieron un aumento excesivo que, en medio del pánico, se les acordó para aplacar su fiebre; y De Gaulle, con su soberbia, tuvo la desfachatez de decir francamente en la televisión —lo que incluso no era de su interés— que las ventajas obtenidas solo eran «aparentes» ya que se las iba a anular en algunos meses con el alza de los precios. Tanto peor para los obreros: bien podían haber esperado calmadamente los aumentos de salarios «normales», previstos por el gobierno.

En cuanto a las reivindicaciones «ilegítimas» –cogestión, poder obrero, cambio de las estructuras de la sociedad–, no se quiere ni oír hablar de ellas porque reflejan simplemente una locura de la clase obrera, inconsciente de sus verdaderos intereses. Lo que es necesario explicar a la gente es que la violencia «incontrolada» tiene un sentido, que no es la expresión de una voluntad de desorden sino de la aspiración a un orden diferente.

Tomemos el caso de los estudiantes, ya que son ellos los que desencadenaron el movimiento. ¿Qué es lo que quieren? Se responde: un «poder estudiantil». Esto no significa nada cuando no se intenta comprender su posición en la universidad y en la sociedad.

Su posición es completamente diferente de la nuestra hace 30 o 40 años. Cuando yo tenía 20 años, nosotros protestábamos ya contra el sistema de cursos *ex cathedra*. Pero éramos poco numerosos y nos teníamos por una élite. Éramos 25 en la Escuela Normal –una promoción–, teníamos una biblioteca maravillosa, turnos para trabajar, cuartos para dormir, un poco de dinero en la bolsa para divertirnos. Estimábamos que los libros eran mejores que los cursos –lo que era cierto– y nuestra manera de manifestarlo era simplemente no asistir a los cursos. Yo fui a la Sorbona solo una vez en un año, cuando los estudiantes de derecha decidieron boicotear el curso de un profesor cuyas ideas no compartían. Ese día todos los normalistas se congregaron en la Sorbona, donde nunca ponían los pies.

Nosotros no nos sofocábamos porque éramos poco numerosos. Se trabajaba en común, con instrumentos perfectos. Yo preparé la maestría con Nizan, Maheu, Aron, Simone de Beauvoir. Se podía discutir con los profesores de la escuela y siempre había críticas; pero todo sucedía en una atmósfera de comodidad aristocrática.

## Un saber sin valor

Ahora es completamente diferente. Los estudiantes se han vuelto tan numerosos que ya no pueden tener con los profesores las relaciones directas que, aunque difíciles ya, tuvimos nosotros. Hay muchos estudiantes que incluso no ven al profesor. Solamente escuchan, por medio de un altoparlante, a un personaje totalmente inhumano e inaccesible que les da un curso del que no comprenden cuál es el interés que puede

tener para ellos. El profesor de facultad es casi siempre —y lo era también en mi tiempo— un señor que ha hecho una tesis y que la repite durante toda su vida. Es además alguien que posee un poder al que está atado ferozmente: el de imponer a la gente, en nombre de un saber que ha acumulado, sus propias ideas, sin que los que lo escuchan tengan el derecho de discutirlos. Ahora bien, un saber que no es constantemente criticado, sobrepasándose y reafirmando a partir de esta crítica, no tiene ningún valor. Cuando Aron, envejeciendo, repite indefinidamente a sus estudiantes las ideas de su tesis, escrita antes de la guerra de 1939, sin que los que lo escuchan puedan tener sobre él el menor control crítico, ejerce un poder real, pero que con seguridad no está fundado en un saber digno de este nombre.

¿Qué es el saber? Siempre es alguna cosa que ya no es lo que se creía, que ya no es adecuadamente porque se han realizado nuevas observaciones, nuevas experiencias, con mejores métodos y mejores instrumentos. Y luego estas nuevas experiencias son a su vez discutidas por otros sabios, unos retardatarios y otros más avanzados. Así es como pasa siempre. La teoría de Einstein nació de una reflexión sobre la experiencia de Michelson y Morley, que contradecía los postulados de la física de Newton. De allí surgió la relatividad einsteiniana, que a su vez fue discutida 30 años más tarde.

Pero se dirá que los estudiantes no pueden criticar útilmente la enseñanza de un profesor ya que, por definición, todavía no saben nada. En primer lugar, el que sabe nada sabe siempre un poco más de lo que parece, como el esclavo a quien Sócrates hizo redescubrir un teorema de matemáticas. Y por otra parte, sobre todo, la cultura solo puede transmitirse si se deja a la gente, en todo momento, la posibilidad de discutirla.

En este sentido ya he tenido dos experiencias muy significativas. Cuando era profesor en el liceo de Lyon, tuve como alumnos a hijos de campesinos ricos para quienes un cuarto era un cuarto, una mesa, una mesa, un toro, un toro. No se podía hacerles salir de este buen sentido materialista. Entonces me dije que era necesario comenzar el año moviéndolos un poco y explicándoles el idealismo kantiano. Su resistencia fue feroz. La idea de que la realidad llamada exterior está constituida por la unidad interna de nuestra experiencia les era insostenible. Sin embargo, después de un mes de discusión, me dijeron: «¡Ya comprendimos!». Y me envenenaron la vida todo el resto del año porque a todo lo que trataba de explicarles, me oponían a Kant: lo habían asimilado tan bien que volvían a él siempre.

Por el contrario, más tarde, en el liceo Pasteur; en París, realicé *ex cathedra*. Los alumnos no discutían nada. Que el universo sea una realidad exterior o una sucesión ligada de representaciones, que los niños deseen a su padre o a su madre, ¿por qué no? Todo esto era para ellos indiferente. Los periódicos y la radio los habían llenado de una falsa cultura. No discutían nada, y para el fin del año no sabían nada. La única manera de aprender es discutir. Es también la única manera de volverse un hombre. Un hombre no es nada si no es un ser que duda. Pero también debe ser fiel a alguna cosa. Un intelectual, para mí, es esto: alguien que es fiel a una realidad política y social, pero que no deja de ponerla en duda. Claro está que puede presentarse una contradicción entre su fidelidad y su duda: pero esto es algo positivo, es una contradicción fructífera. Si hay fidelidad pero no hay duda, la cosa no va bien: se deja de ser un hombre libre.

### Islotes ridículos

La universidad está hecha para formar hombres capaces de dudar. Dicho de otra manera, un hombre de 45 años debería saber que las ideas que se ha formado, después de haber discutido las de las gentes que lo instruyeron y ayudaron, serán discutidas a su vez, dentro de cinco años, por aquellos a quienes él mismo instruye y que le dirán: «Ya no es así, es otra cosa». Esto, en el fondo, es el primer signo de envejecimiento. Llega entre los 35 y los 45 años. Pero si después de haber dicho lo que se tenía que decir se aprende a ponerse en duda con la ayuda de los otros, entonces uno puede prolongar un poco su edad madura, su vida útil.

Ahora bien, nosotros todavía tenemos actualmente en la Universidad esos islotes ridículos que son los cursos *ex cathedra*, hechos para señores que no se ponen en duda jamás. Estoy seguro de que Raymond Aron nunca ha dudado de sí mismo, y por eso, en mi opinión, es indigno de ser profesor. Evidentemente no es el único, pero me veo obligado a hablar de él, porque estos últimos días ha escrito mucho. Sobre todo esto: «Es inconcebible que los estudiantes participen de una manera o de otra en la elección del profesor». ¿Por qué? Porque el poder fundado sobre el saber debe, según Aron, transmitirse de profesor a profesor, de adulto a adulto. Debe ser conferido desde arriba, al igual que bajo el Antiguo Régimen eran los nobles y no los burgueses los que tenían el

poder de ennoblecer a los otros. Es normal, explica Aron, porque los estudiantes no saben nada: los estudiantes de primer año no pueden juzgar el curso de un señor a quien todavía no han escuchado. Quisiera que se preste atención a una cosa, y es que la mayoría de los profesores que en una facultad eligen a otro no pertenecen a la disciplina que este enseña y no tienen ninguna idea del valor de su curso. Dicho esto, hay que añadir que los estudiantes de primer año no son los únicos que pueden pronunciarse sobre la elección de un profesor. Allí están los del segundo y tercer año, que ya han escuchado su curso y que saben muy bien lo que piensan de él. Todos deben votar juntos.

Aron dice todavía: «Es inconcebible que los estudiantes de una manera o de otra ejerzan la función de examinador». ¿En nombre de qué? ¿Por qué los estudiantes de maestría no serían admitidos, dado el caso, para juzgar los conocimientos de los estudiantes de licenciatura? En efecto en Europa se ha visto a menudo, durante los períodos de guerra o de revolución, cómo los estudiantes reemplazan a los profesores que han sido muertos o que han tenido que huir.

## **Una presa contra Hegel**

Incluso si se trata de hacer participar en un jurado de exámenes a estudiantes del mismo nivel de aquellos cuyos conocimientos se verifican, la operación no tiene nada de absurdo; usted sabe cuál es la importancia que tienen en un examen el humor, las manías intelectuales y las obsesiones del profesor. Si se levantó por el mal lado, calificará con 2 y con 4 a gentes que habrían tenido un 10 en la tarde. Además, tiene sus opiniones. Me acuerdo de Gurvitch, por ejemplo: si usted no le recitaba su curso de sociología exactamente como él lo había construido, con el a), b), c)..., estaba reprobado. Otro ejemplo: Lachelier, que decía: «Mientras yo sea presidente del jurado de maestría quien hable de Hegel no se recibirá». Y durante algunos años Lachelier efectivamente impidió a la filosofía de Hegel su ingreso en Francia, mientras esta se difundía en Inglaterra y en Italia. De la misma manera, Brunschwig –nosotros escuchábamos sus cursos en la Sorbona porque lo encontrábamos más astuto que los otros– tampoco citó los nombres de Hegel y de Marx en sus dos primeros libros y solo consagró ocho páginas a Hegel en el tercero, siempre sin decir una palabra sobre Marx.

Eso es la enseñanza incontrolada e incontrolable que se nos da todavía ahora. Por eso los estudiantes, no solo los del año de estudio en curso, sino también los del año siguiente, deben estar allí para, cuando haya necesidad, corregir un error o compensar un movimiento de humor, y que el profesor sepa que es juzgado al mismo tiempo que juzga. Todo depende de esto: si el que juzga no es juzgado, no hay verdadera libertad.

Tampoco la hay cuando —y es el caso actual— todos los exámenes se transforman en concursos. Es una simple cuestión de número. Desde el momento en que hay «demasiados» estudiantes y que se ha decidido no admitir más que cierto número, se está frente a un concurso. Si los estudiantes dijeran: «Más exámenes», significaría en realidad: «Más concurso, más universidad que sirva para fabricar 5 % de élite con 95 % de residuos». Ellos piden lo inverso: un sistema que permita al 100 % de los ciudadanos cultivarse, sin que excluya por ello la posibilidad de especializarse, de volverse matemático o cardiólogo.

El sistema actual de selección es el que hay que suprimir. Y esto no es imposible, como lo prueban los progresos que se han logrado en la lucha contra una selección antes considerada como «natural»: la de los niños retardados. Hace 30 años, cuando se tenía un niño retardado, se le enviaba a Ville-Evrard, o al campo; quedaba definitivamente fuera de concurso y no retrasaba más a los otros niños. Actualmente se han puesto al día las técnicas educativas que permiten reintegrar a la sociedad por lo menos a la mitad de los niños retardados. Y esto porque se ha cambiado de perspectiva. En vez de pensar en términos de élite y de decir al niño: «Tú nunca formarás parte de nosotros, eres un pequeño salvaje», se le dice: «Tú eres un hombre, la cultura te pertenece, puedes trabajar con los demás». Y cuando se le sabe ayudar, lo consigue.

En otro nivel, exactamente la misma revolución es la que debe hacerse en la Universidad. Es necesario que los profesores se den por tarea ya no la de seleccionar entre la masa de sus estudiantes a los que parezcan dignos de integrarse a una élite, sino la de hacer que toda la masa acceda a la cultura. Esto supone naturalmente otros métodos de enseñanza. Supone el que uno se interese en todos los estudiantes, que se trate de hacer comprender a todos, que se les escuche tanto como se les habla. Supone el que se deje de creer como Aron, que el ejercicio de la inteligencia consiste en pensar a solas, frente al escritorio —y en pensar lo mismo durante más de 30 años—. Supone sobre todo el que cada profe-

sor acepte ser juzgado y criticado por aquellos a quienes enseña, el que se diga: «Me ven completamente desnudo». Será incómodo para él, pero es necesario que pase por ello si quiere volver a ser digno de enseñar. Ahora que toda Francia ha visto completamente desnudo a De Gaulle, es preciso que los estudiantes puedan mirar desnudo a Raymond Aron. Solo se le devolverán sus vestidos si acepta la crítica.

(*Le Nouvel Observateur*, número 188, 19 al 25 de junio de 1968. Entrevista realizada por Serge Lafarie).